



[Antonio Moscato*]

Sobre el antitrotskismo

¿Qué significa “trotskista”?

Esto se preguntaba Ernesto Che Guevara después de escuchar cómo los burócratas soviéticos (y los cubanos filosoviéticos) lo trataban de “trotskista” por sus últimos discursos donde denunciaba el escaso compromiso de los “países socialistas” en la defensa de Vietnam. En los últimos años de su vida el Che empezó a leer y estudiar a Trotsky para entender las razones de tantas decisiones tomadas en la URSS que él para nada compartía. Hoy tenemos pruebas más consistentes que las alusiones de sus cartas o los testimonios de sus colaboradores, ya que se han encontrado –y publicado– sus cuadernos de estudio de Bolivia, llenos de citas de Trotsky.

Parece que es una vieja costumbre tratar como “trotskista” a quien dice cosas incómodas. Trataremos sobre cómo y por qué empezó esto. Mientras tanto sabemos que al menos uno de los acusados de este misterioso “pecado” fue Ernesto Che Guevara, revolucionario donde los haya, punto de referencia permanente y siempre presente para quien quiera cambiar el mundo en vez de adaptarse a él repintándolo un poco de rosa.

Trotsky no era “trotskista”

El término trotskismo no fue utilizado nunca por Leon Trotsky, del mismo modo que mientras vivía Lenin nadie (salvo sus enemigos) hablaba de “leninismo”: el término marxismo-leninismo fue acuñado después de la muerte de Lenin por Stalin, que transformó el pensamiento vivo –y a veces contradictorio– de esos dos grandes revolucionarios en un sistema rígido y dogmático, que precisaba de la posterior interpretación “correcta” en manos de un sumo sacerdote. Incluso Marx dijo no ser marxista.

El término, sin embargo, fue utilizado por Lenin en el debate con Trotsky entre los años 1903 y 1917, cuando Trotsky fue, junto a Rosa Luxemburg, un crítico severo de la concepción del partido propuesta por Lenin. A su vez, Lenin fue durísimo, como de costumbre, en los debates en el seno del movimiento obrero, con uno y con otra, y en particular con el “trotskismo”.

Los tergiversadores stalinistas se sirvieron de aquellos debates pero, claro está, sacándolos de contexto. Lo absurdo es que incluso la nueva izquierda de derivación maoísta recuperó –con perfecta mala fe– la misma idea, pasando por alto un pequeño detalle: Trotsky y Rosa Luxemburg argumentaban por aquel entonces contra el peligro de una excesiva centralización del partido, más concretamente, contra una posible substitución de la colectividad por el partido, y de éste por el Comité Central, aunque posteriormente ambos admitieron estar equivocados.

Sin poder hacerlo desde un trabajo orgánico, porque no tuvo tiempo, Rosa Luxemburg rindió honores desde la cárcel a la clarividencia de Lenin y del Partido Bolchevique en su texto, en

otros aspectos crítico, sobre la Revolución rusa. Trotsky lo admitió más ampliamente y, desde la primavera del 1917, se volvió a unir a los bolcheviques convirtiéndose en su mejor representante y defendiendo hasta el último momento de su vida la concepción del partido de Lenin.

La mayor parte de la “nueva izquierda” nacida después del 68 enseguida arrojó a las brasas a Lenin –y no sólo por el concepto del partido- retomando de vez en cuando las críticas de Rosa Luxemburg. Respecto a Trotsky, silencio. Sin embargo, decía lo mismo que Rosa. Creo que tenía razón Trotsky con la autocrítica que realizó y que, en cambio, se equivocaron todos cuantos rechazaron a Lenin y, sobretodo, el conocido “centralismo democrático” (término odiado exclusivamente porque así se llamaba el régimen autoritario existente en los PC's stalinizados). Pero Trotsky sigue siendo un tabú. O no se habla de él o se tendría que hablar mal de él. ¿Por qué?

Un poco de historia

Ya que evocamos un lejano episodio, presente en los mitos y en los estereotipos negativos de la izquierda, aunque no en su cultura ¹, es necesario reconstruir algunos datos históricos.

Quién era Trotsky

El “pecado” principal que no se le perdonó nunca a Trotsky por parte de todos los apologetas y tardíos nostálgicos del régimen stalinista fue la lucidísima crítica que hizo “desde dentro”, crítica que realizó no porque fuera un marginado precisamente. Entre los años 1917 y 1923 nadie en Rusia y en el mundo ponía en duda que después de Lenin la figura más prestigiosa de la revolución fuese Trotsky. Había sido el presidente del Soviet de Petrogrado en 1905, y fue de nuevo la figura pública más eminente en los febriles meses que precedieron a Octubre. Orador excepcional que enardecía a las masas, fue también paciente organizador de la insurrección (la tan vituperada ‘toma del palacio de Invierno’, que hoy en el lenguaje de la izquierda se ha convertido en sinónimo de algo que evitar acuradamente...). Comisario del pueblo para asuntos extranjeros, más tarde organizador del Ejército Rojo, con el que vive en primera línea –sobre el legendario tren blindado- los años más duros de la guerra civil, era adorado por los jóvenes oficiales proletarios forjados en la lucha.

Quizá por esto, ya en el año de la lenta agonía de Lenin, empezó una campaña de denigración contra Trotsky, acusado de anhelar el poder personal, de ser un “bonapartista”, y sobretodo de no haber sido un bolchevique “auténtico” entre 1903 y 1917, por sus críticas a los peligros de involución autoritaria del partido. La acusación no tenía ningún fundamento. Renunció a todos los cargos, y a quien le acusaba de no haber utilizado el Ejército Rojo para frenar a Stalin y su burocratización, respondió que si lo hubiera hecho, hubiera acelerado y no impedido la involución. El recurso al ejército, incluso si es el más democrático del mundo como el Ejército Rojo de entonces, no puede nunca garantizar la democracia.

Tanta hostilidad era debida (más allá de la envidia de los mediocres al compararse con un líder tan apreciado) al hecho que ya en 1923 Trotsky había advertido, junto a muchos prestigiosos dirigentes del partido y del Estado soviético, de los peligros de involución que se avecinaban, no sólo por la gran burocratización, sino por las tendencias filocapitalistas que aparecían como consecuencia de la Nueva Política Económica (NEP). ²

El papel de Stalin

Stalin era el verdadero artífice de la campaña contra el “bonapartismo” de Trotsky. Sin embargo, siendo prácticamente desconocido y cualquier cosa menos brillante (no hablaba

bien siquiera el ruso), Stalin fue infravalorado por Trotsky y por todos un poco, dado que aparecía solo de la mano de otros dirigentes, como Kamenev o Zinoviev primero y Bujarin después, a los que utilizó y luego liquidó brutalmente. Su poder empezó a crecer en la sombra sólo en 1922, último año en que Lenin pudo ocuparse del partido. Basta leer *Diez días que estremecieron al mundo* de John Reed para darse cuenta de que en 1917 Stalin no era nadie. Además, el cargo del que tomó posesión y que le sirvió para acceder al poder era técnico en su origen: “secretario” era el que se ocupaba de las relaciones entre la cúpula dirigente y la base del partido. Hasta su muerte en 1919 esta tarea había sido llevada a cabo por Jacob Sverdlosk con la ayuda de algunos pocos camaradas. A partir del VI congreso en 1919 la secretaría se convierte en un órgano colegial donde, sin embargo, nadie es miembro del Buró Político, que cumple las funciones de dirección entre un comité central y otro. La coordinación es encomendada a Elena Stasova, al año siguiente a Krestinskij y en 1921 a Molotov, y sólo en 1922 a Stalin, que se presenta como secretario general (es decir, coordinador de los otros secretarios, ¡no como jefe absoluto!). Que quede claro: este cargo, que ha permanecido luego en todos los partidos comunistas en los años posteriores, ¡no fue nunca ocupado por Lenin! Desde ese puesto, no obstante, aprovechando las dificultades organizativas del periodo inmediatamente posterior a la guerra civil, Stalin empieza a designar a sus hombres en las secciones territoriales del partido. Lenin denunció el peligro en su *carta al congreso*, más conocida como *Testamento Político*, pero no fue escuchado.

Al cabo de pocos años todos los cargos en la URSS dejan de ser electos, los dirigentes territoriales son nombrados desde la cúpula y, en consecuencia, no deben responder a la base sino a quien les ha designado. En esto se basa el poder personal de Stalin. El aparato a disposición del secretario se agranda hasta que son decenas de miles y luego centenares de miles los funcionarios fieles al jefe. Más tarde (por iniciativa de Zinoviev, que lo definió como bolchevización) este mecanismo se extiende a los partidos comunistas de otros países.

Para empezar a crear el culto a un Stalin “infalible” como un papa, se tendrá que llegar a 1929. En esa fecha se había liquidado sucesivamente a la Oposición de izquierdas (a Trotsky se le unió la viuda de Lenin, pero también Zinoviev y Kamenev –ex cómplices de Stalin–) y la llamada “oposición de derechas” de Bujarin, Rikov –jefe de gobierno– y Tomski, líder de los sindicatos.³ Pero aún en 1934, en el congreso llamado “de los vencedores”, porque había sido suprimida ya toda clase de oposición interna, existieron críticas y votos contrarios a la candidatura de Stalin. El asesinato de su principal colaborador, convertido en crítico moderado, Kirov, se atribuyó falsamente a la oposición y sirvió de pretexto para el masivo exterminio que se inició poco después, donde murieron el 70% de los delegados al congreso de 1934, incluidos los miembros del Comité Central elegido en aquella ocasión, todos stalinianos (más allá de aquellos que habían formado parte realmente de la oposición).

Destierro y exilio de Trotsky

Nada más iniciarse la campaña en su contra, Trotsky renunció irritado a todo cargo, creyendo poder llevar la lucha política en el seno del partido, pero el control burocrático fue tal que los congresos fueron primero amañados y luego convertidos en plebiscito. En el último periodo de su vida, Lenin había insistido para que Trotsky asumiese incluso el cargo de jefe de gobierno, cosa que rechazó preocupado porque los enemigos –externos e internos– recurrieran (como así fue) a su origen judío para atacarlo vilmente. Expulsado en 1927 por haber intentado reproducir en una imprenta un documento que según los estatutos tendría que haber sido impreso en la rotativa del diario oficial del partido, y por haber llevado en el décimo aniversario de la revolución, el 7 de noviembre, una pancarta contra la burocracia y en pro de la democracia soviética, fue deportado en el lejano y aislado

Kazajstán, para luego ser embarcado por la fuerza rumbo a Turquía, donde lo confinaron a un islote.

Perseguido en todo el mundo, expulsado de cualquier país por revolucionario mientras era calumniado como “fascista” y cómplice del imperialismo, Trotsky encontró finalmente un único país dispuesto a acogerlo, el México revolucionario de Lázaro Cárdenas, que emprendía la reforma agraria y nacionalizaba el petróleo. Después de varias tentativas frustradas un sicario de Stalin lo asesinó en agosto de 1940.

Con la distancia de los años, las calumnias en su contra se han reprendido cada año, quizás modificándolas, llamándolo *agente del nazismo* cuando la URSS se aliaba con el imperialismo franco-británico, y más tarde *agente británico* en el bienio del idilio Stalin-Hitler. Los ideólogos stalinistas que a finales de la década de los 90's hicieron el trabajo sucio a Eltsin, ya no lo acusaban de ser el siervo del imperialismo, más bien lo tildaban de extremista peligroso, de aventurero irresponsable que quería promover revoluciones en todas partes (más o menos las mismas acusaciones que los comunistas oficiales hicieron contra Che Guevara en sus últimos años). La voluntad de algunos es que no se lean los escritos de Trotsky, quizás porque continúan siendo de rabiosa actualidad.

En su libro más conocido, *La revolución traicionada*, escrito en 1936, después de exaltar las conquistas de la URSS a pesar del rumbo burocrático que ésta había emprendido, concluía que en caso de hundimiento del sistema soviético una parte de la burocracia se habría puesto al lado del enemigo imperialista. Es lo que sucedió en 1941-45, cuando Hitler encontró no pocos colaboracionistas, incluso entre los altos oficiales, pero sobretodo después de 1989-1991, cuando casi todos los burócratas “comunistas” se convirtieron en “demócratas” filocapitalistas y cómplices del imperialismo.

En todos los escritos de Leon Trotsky, por ejemplo aquellos que reflejan su actividad de dirigente de la Internacional Comunista entre 1919 y 1925, hay una gran riqueza analítica: fue el primero en comprender el nuevo papel de los Estados Unidos en la escena mundial, y en intuir que el capitalismo de los años veinte se estaba reorganizando. Su análisis del fascismo no ha sido superado, pero fue ignorado en los años en que los partidos comunistas stalinizados consideraban a los socialistas como su “enemigo principal” y no dudaban en aliarse con Hitler.

Su derrota fue el reflejo de la destrucción, en la guerra civil y en los convulsos procesos posteriores, de aquella clase obrera rusa que había sido la protagonista de las revoluciones de 1905 y de la de 1917. El punto débil de la propuesta de Trotsky recae en su llamada a la democracia obrera y a la conciencia de clase de una clase obrera que ya no existía o, en cualquier modo, no era ya la misma.

¿Por qué ese encarnizamiento contra un “derrotado”?

Todos los tópicos creados por el stalinismo han repetido una y otra vez “Trotsky está muerto y enterrado”, “Es cosa del pasado que no interesa a nadie”, o bien, “Los trotskistas son estériles, no han concluido nunca nada”. Entonces, ¿por qué tanta insistencia para combatirlo? ¿Por qué hasta la caída de la URSS salieron cada año panfletos en todos los idiomas denunciando sus errores con el fin de “desenmascarar a los trotskistas” si no pintaban nada y sus ideas estaban “superadas” y “derrotadas”? Tal vez por la razón opuesta a lo que se declaraba oficialmente.

Los revolucionarios (también Stalin y sus sucesores, que lo habían sido en su momento) siempre han sabido que ciertos derrotados están más vivos que sus vencedores. ¿Quién se ha olvidado de Espartaco? y ¿quién recuerda, en cambio, al cónsul Crasso que lo venció? Guevara está infinitamente más presente que Mario Monje, que lo traicionó, y que los

Arismendi, Corvalán o Giorgio Amendola (que se mofó de él), y a los que todo el mundo ha olvidado.⁴

La contribución más valiosa e insustituible de Trotsky es precisamente el análisis que hace de las contradicciones que se dieron en la Unión Soviética, y del papel de la burocracia. Nunca demonizó a Stalin como sostienen ciertos ignorantes (algunos incluso desde una cátedra universitaria), aunque sí realizó un análisis rico y dialéctico. Incluso cuando Stalin había asesinado a sus hijos, a sus mejores amigos y colaboradores, y lo estaba persiguiendo por todo el planeta, Trotsky no cedió nunca a una visión criminalizante de Stalin; sí tildó la política de Stalin de suicida, porque no se daba cuenta de que abría las puertas a Hitler. Aún así, incluso después del pacto Ribbentrop-Molotov con la brutal repartición de Polonia, las anexionaciones del Báltico, las deportaciones a Siberia y el exterminio de centenares de miles de polacos (incluidos los soldados y los oficiales que habrían sido luego necesarios para luchar contra la agresión nazi), Trotsky remarcó siempre que el movimiento comunista y la Cuarta Internacional tenían que continuar defendiendo la URSS, porque era objetivamente antagónica a Hitler, a pesar de que Stalin brindaba a su salud y le entregaba 2.000 comunistas alemanes y austríacos (entre los que había muchos judíos) llevándolos a una muerte segura.

La contribución de Trotsky al marxismo

Incluso sobre otras cuestiones la contribución de Trotsky ha sido valiosa. Defendió el patrimonio esencial del marxismo en años en que la *teoría* era reducida a simple adorno, para justificar a posteriori las políticas llevadas a cabo por razones no siempre confesables. Por ejemplo, el “socialismo en un solo país” era absolutamente inconcebible para Marx, Lenin o cualquier teórico marxista. El concepto fue defendido por Stalin confundiendo la *toma del poder* (obviamente posible) y la *construcción del socialismo*. Para calumniar a aquél que se oponía se le decía que “*no quería el socialismo*”, mientras el problema era otro, es decir, *si era posible* contruir el socialismo en un país aislado, rodeado de países capitalistas, con una gran masa campesina atrasada y acostumbrada a la obediencia ciega (excepto cuando explotaba con revueltas desesperadas). La experiencia demostró que lo que se construyó no fue socialismo, no únicamente por los enormes desequilibrios sociales entre los privilegios de la burocracia y las condiciones del pueblo, privado de muchos bienes esenciales, y de un mínimo de información sobre las decisiones políticas (por no hablar de la posibilidad de intervenir en ellas). Son, sobretodo, la miseria y el atraso los que facilitan el fin del igualitarismo y la formación de privilegios para unos pocos, que se apropiaron de una parte creciente del producto del trabajo de la colectividad.

Por esto la URSS y su sistema se derrumbaron míseramente y sin muchas dificultades. Que luego los regímenes sucesivos hayan sido aún peores no demuestra nada, ni tampoco el hecho de que después del hundimiento del sistema soviético en todos los países de la Europa del Este los dirigentes hayan sido los ex “comunistas”. Buen cultivo de víboras y de hipócratas hicieron Stalin y sus dignos sucesores, de Krushev a Breznev, hasta Gorbachov y Eltsin.⁵

Cabe precisar además que la definición de la URSS como “Estado obrero degenerado” tan atribuida a Trotsky, había sido formulada inicialmente en 1920 por el mismo Lenin, que había hablado, en debate con Bujarin, de un “Estado obrero con dos particularidades: una neta mayoría de campesinos y una fuerte deformación burocrática”. La fórmula, como cualquier síntesis, es discutible, y yo personalmente no la utilizo desde hace muchos años, para no encontrarme peleando inútilmente con quien se indigna por el “Estado obrero” y quien por el “degenerado”. Pero era de lejos más eficaz que aquella que la nueva izquierda ha

recogido de la socialdemocracia, que hablaba hasta los años veinte de “capitalismo de Estado”. Si la URSS hubiese sido ya capitalista no habría tenido todas las dificultades que ha tenido, y que tiene, para instaurar un sistema capitalista “normal” como el nuestro. Pero esta es otra cuestión.

Trotsky desarrolló y defendió un análisis marxista en momentos en que el movimiento comunista oscilaba pasando de una idea a la otra con máxima desenvoltura. Entre los años 1929 y 1934 la Internacional Comunista abandona su antiguo análisis del fascismo, para considerarlo igual a cualquier régimen burgués (por lo cual todos se definen como “fascistas”, permitiendo la posibilidad de alianzas con los nazis en contra de los socialdemócratas-“socialfascistas” como pasó en Alemania en 1932, pocos meses antes de la victoria de Hitler). Trotsky es tildado de “alarmista” incluso –y sobretodo por parte de Togliatti- cuando denuncia entre 1929 y 1932 el peligro fascista en Alemania.

Poco después se pasa al extremo opuesto. Para enfrentarse a Hitler, en vez del Frente único proletario rechazado poco antes, se propone un Frente popular en donde conviven, en Francia y en España, importantes exponentes de la burguesía. El programa es, de hecho, el suyo, con consecuencias trágicas sobre la cuestión colonial (las colonias no se tocan y hasta se dejan en manos de generales conservadores que se revelarán filofascistas). El Frente popular no es la *ampliación* del Frente único de clase, sino su *negación*. Para entendernos, es más o menos como si los ratones amenazados por un hambriento gato se coaligaran... con otro gato. De todas formas, los resultados fueron catastróficos en España y en Francia, pero no se hizo nunca ninguna reflexión al respecto. Los Frentes populares son evocados en el imaginario colectivo de los comunistas como un mito heroico y nada más. Se repite el “*No pasarán!*” pero no se preguntan cómo y por qué los fascistas pasaron.

En los años de los Frentes populares, los partidos comunistas ya no hablaban del imperialismo francés o británico, que Stalin pretendía como aliados para luchar contra la Alemania nazi. En su lenguaje existía solo el imperialismo alemán. Pero en 1939, con el cambio de alianzas, la URSS, y detrás de ella todos los partidos comunistas, denunciaron “la agresividad del imperialismo franco-británico” y elogiaron las “propuestas de paz de Hitler”. Una vergüenza indeleble. Por haberse opuesto a esa política desacertada, que llevó a los partidos comunistas a practicar la colaboración entre clases no en menor grado que los socialdemócratas –de quienes se habían escindido veinte años atrás- Trotsky fue odiado y calumniado de forma implacable, con la fuerza de un aparato mundial de propaganda comparable (por homogeneidad y difusión en el mundo) únicamente al del Vaticano.

La lucha por reconstruir una internacional

Trotsky escribe en los años de exilio que lo que hizo en el pasado lo podían haber hecho otros, y que su papel a la cabeza del Estado soviético y del Ejército rojo no fue su contribución fundamental al movimiento obrero. Para él la tarea más importante de su vida fue la defensa del marxismo en tiempos en que éste era prostituido al servicio de los intereses contingentes de una burocracia obtusa y cínica.

Trotsky se dedica, sobretodo, a construir una nueva internacional, la Cuarta, cuando en 1933 ve que la Tercera Internacional, ya sometida a la voluntad de Stalin, no toma nota de la tragedia que supone la victoria de Hitler (se continuaba insistiendo que la situación era óptima y que la revolución en Alemania era inminente). No piensa en una internacional de los “trotskistas”, sino de todos aquellos que quieran combatir al capitalismo y se oponen, al mismo tiempo, al stalinismo. Los primeros intentos se hacen con reagrupamientos comunistas y socialistas de izquierda de distinto origen. Si estos intentos no llegan a buen puerto no es por razones ideológicas sectarias. Más bien, la ruptura se da cuando renuncia a principios

fundamentales, por ejemplo cuando el POUM colabora con fuerzas burguesas en el gobierno del Frente popular en Cataluña (siendo acusado igualmente de “trotskismo”, calumniado y perseguido).

Muchos se burlaron de esta difícil tarea, incluso ironizando sobre el modesto número de aquellos que, después de cinco años de tentativas, participaron en el congreso fundacional de la Cuarta Internacional. Eran pocos, pero tenían razón ellos y no Stalin, que había subordinado el movimiento obrero a los imperialismos francés y británico (y que en septiembre de 1938 abrían el camino a Hitler en Checoslovaquia con los acuerdos de Munich). Estaban en lo cierto aquellos pocos comunistas a contracorriente y no Stalin, que poco tiempo después pretendía evitar la guerra pactando con Hitler el repartimiento de Europa oriental.

Stalin había reducido la Tercera Internacional a un vulgar y simple instrumento de transmisión de los intereses de la burocracia soviética en el mundo, luego la disolvió en 1943 para tranquilizar a los imperialistas estadounidenses y británicos, sus nuevos aliados. ¿Por qué los partidos comunistas no hicieron nada para reconstruirla en aquellas décadas, cuando era evidente que los órganos de centralización política, militar y económica del imperialismo se reforzaban en un mundo cada vez más uniforme? Por esto la Cuarta Internacional, sin pretender ser lo que sería necesario en un mundo como el actual, ha acabado siendo el único núcleo que ha mantenido vivo en tiempos difíciles no solo el pensamiento marxista clásico, sino también una actividad internacional (que impide el peligro de ceder a las presiones localistas).

Porqué los PC's siguieron a Stalin

Sobre los crímenes de Stalin, excepto algunos pocos “nostálgicos”, podría estar de acuerdo todo el mundo. Más difícil sería pasar cuentas de lo que el periodo staliniano dejó en herencia a los mismos partidos comunistas más “antistalinistas”. Sobretudo en la concepción del partido o la estructura del partido. Por ejemplo, cada vez que se cita el “centralismo democrático” todo el mundo se horroriza. Aunque estaría muy bien que en el Partido della Rifondazione Comunista estuvieran vigentes las normas democráticas en vigor en el Partido Bolchevique. No únicamente antes de 1917, sino también durante los años terribles de guerra civil, cuando el poder soviético estaba conglorando de un hilo, en el Partido Bolchevique existía el derecho de *tendencia* e incluso el de *fracción*. Esto significa que en los congresos se podían presentar documentos diferentes en idénticas condiciones y era posible el reagrupamiento *público* entre congresos de los partidarios de una posición minoritaria – que sólo así podía aceptar la disciplina, y que permitía al mismo tiempo trabajar para convertirse en mayoritaria en el sucesivo congreso. Cabe decir que en ese periodo los congresos eran muy frecuentes (entre 1917 y 1923, uno por año).

Idénticas condiciones significaba que si el portavoz de la mayoría hablaba dos horas, también quien presentaba la otra posición tenía que hablar por igual tiempo y no un cuarto de hora como se hace hoy en día. En la concepción de Lenin, además, el órgano soberano era el congreso, y entre un congreso y el otro, el Comité Central. La dirección solo tenía que aplicar lo aprobado por el Comité Central y no sustituir a éste (como así sucedía). En los partidos comunistas stalinizados, por el contrario, se consideraba soberana la secretaría.

¿Pero cómo fue posible que todos los partidos comunistas aceptaran una dirección autoritaria, cuando no insensata, que lo decidía todo desde Moscú? Antes que nada debemos recordar cómo nació la Internacional Comunista. De la marea de irritación causada por la traición de la Internacional Socialista y de los principales partidos obreros, nacen pequeños grupos que se oponen a la guerra y que tienen como punto de referencia la postura

coherente del Partido Bolchevique. Pero en general son jóvenes e inexpertos, y cometen múltiples errores, incluso cuando en 1919 nace finalmente la nueva internacional. La Tercera Internacional es en sus orígenes muy abierta y no dogmática: Lenin dice que hay que construirla con todos los que se enfrentan al capitalismo y se oponen al reformismo y a la colaboración entre clases, incluso si sus ideas son diferentes a las de los bolcheviques. “*La estamos construyendo, dice en 1920, incluso con tendencias semianárquistas y aún anárquistas*”.

Muchos partidos, a partir del italiano y del alemán, derivan hacia el extremismo y el sectarismo. Son criticados por Lenin y Trotsky, aunque sin la mínima medida administrativa o imposición de la dirección. Incluso Gramsci, por ejemplo, comparte en aquellos primeros años el sectarismo de Bordiga, Terracini y otros en los enfrentamientos con el Partido Socialista, esforzándose en comprender porqué después de haberse separado de éste se tenía que volver a la unidad de acción (al “frente único” contra el fascismo, precisamente).

Cuando son evidentes las consecuencias de los errores cometidos, y la mayor parte de los partidos comunistas aceptan –con tres o cuatro años de retraso– las críticas de la Internacional, ésta había cambiado profundamente y pretendía otra cosa, aunque se tendrá que llegar a 1928 para que se sustituya a una dirección elegida (como sucedió en Alemania, donde fue impuesto nuevamente Ernst Thaelmann, que había sido destituido por faltas graves).

Mientras tanto, incluso por los errores del movimiento comunista (y de los crímenes socialistas), el fascismo triunfó en Italia y vino a ser imitado por muchos regímenes autoritarios, desde los balcanes a Polonia. Los partidos comunistas, ilegales en casi todas partes, necesitaban tanto la ayuda material como certezas gratificantes y se adaptaron por tanto a las presiones de los nuevos dirigentes de la Tercera Internacional. Lo hizo inicialmente incluso Gramsci, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando en la URSS escribió ya *en 1926* (cuando faltaba mucho tiempo aún para que se dieran las expulsiones, deportaciones y asesinatos de los opositores) una carta con una severa crítica al Comité Central del PC ruso, que fue interceptada y retenida por Togliatti, representante del partido en Moscú. Este episodio ha sido siempre minimizado por aquellos que parten de la convicción que todo lo que sucedió tenía que suceder, y que cualquier intento de oponerse era en vano, como deducen... del hecho que fracasó. Gramsci pensaba de otro modo. En su respuesta (personal) a Togliatti, que había sostenido que los partidos comunistas tenían que limitarse a “estudiar las cuestiones rusas” y difundirlas sin interferencias, Gramsci emitió un juicio muy severo del episodio: “Tu manera de pensar [...] me ha dado una impresión muy penosa”, escribe; de hecho, “todo tu razonamiento está viciado de burocratismo”.

Así pensaba Gramsci, que fue encarcelado también por esto. No se intentó su liberación con un intercambio de prisioneros entre la URSS y el Vaticano, cosa que era posible. Durante años no se habló de él, hasta que se retomó la campaña por su excarcelación... en vísperas de su muerte y cuando ya su estado de salud, sumamente precario, le habría impedido poder reemprender la actividad política. Después de su muerte, Gramsci se convierte para Togliatti en lo que Lenin era para Stalin (entre otras cosas le atribuye frases jamás pronunciadas como “Trotsky es la puta del fascismo”).

Lo mismo sucede en casi todos los partidos comunistas en el transcurso de los años treinta: son alejados aquellos que habían tenido un papel en los primeros tiempos, todos acusados de “trotskismo”. Algunos efectivamente se unieron al movimiento por la Cuarta Internacional, desde Pandelis Pouliopoulos, secretario general del PC griego, a Chen Du-tsiu, primer secretario del PC chino.

Incluso tres de los seis miembros del Buró Político del PCd'I (el séptimo era Gramsci, encarcelado en las condiciones que hemos descrito) fueron expulsados por los otros tres, que por tener mayoría permitieron el voto efectivo al representante de las juventudes, Pietro Secchia, que según los estatutos lo tenía solo consultivo. Los tres expulsados eran Pietro Tresso, Alfonso Leonetti y Paolo Ravazzoli, de quien nadie en el PCI de la posguerra supo nunca nada, y aún menos que su posición en 1929-1930 coincidía, sin que lo supiese, con la que mantenía Gramsci desde la cárcel. Menos conocido es aún que los tres, cuando vieron que sus críticas a la alocada política ultraizquierdista del Comintern coincidían con las de Trotsky, se acercaron a él y al movimiento por la Cuarta Internacional. Se sabe menos todavía que Pietro Tresso, capturado por los nazis cuando era partisano en Francia, fue “liberado” por un comando del PCF que asaltó la prisión y que poco después lo asesinó a él y a otros trotskistas.¹⁶

Trotskismo y stalinismo: ¿quién debería avergonzarse?

El redescubrimiento de la discriminación antitrotskista por parte de Cosutta¹⁷ (que posibilita una recuperación del viejo repertorio stalinista) es consecuencia de un aspecto que señalamos desde hace años. El PRC no se ha enfrentado nunca a una discusión sobre las causas del derrumbe de la Unión Soviética, aunque figuraba entre sus objetivos iniciales. Esto permitió la supervivencia de bolsas de “nostálgicos” que continuaban creyendo que el sistema soviético era perfecto y que cayó solo por la acción del Papa o las “maniobras de la CIA”. Es una penosa explicación, porque las maniobras de la CIA o de los servicios secretos ingleses, estuvieron desde el día de la victoria de la Revolución de Octubre, y los papas reaccionarios y anticomunistas han sido muchos (basta pensar en el filonazi Pío XII), sin que nadie consiguiera sus objetivos, ya que en la URSS, sobretodo en los primeros años, existía un enorme consenso. Incluso en fases sucesivas, donde la debilidad política del régimen staliniano se manifestaba en la creciente intensidad de una represión indiscriminada, existían aún razones profundas para aferrarse a lo que quedaba de las conquistas de Octubre. **Las maniobras tuvieron éxito cuando los dirigentes “comunistas”, de Breznev a Gorbaxov y Eltsin, de Milosevic a Tudjman, de Zivkov a Ceausescu, de Ramiz Alia a Sali Berisha, ya no creían en nada y no eran creídos por nadie, pero seguían pontificando el nombre del “comunismo”.**

Los enemigos del comunismo utilizaron los crímenes de aquellos personajes para desacreditar el proyecto grandioso de Marx y de Lenin. Los idiotas picaron y... para “defender el comunismo” defendieron los crímenes de sus cínicos usurpadores. Así se explica que, incluso después de la crisis, tantos compañeros se hayan refugiado en la “nostalgia” y atrincherado detrás de una explicación pueril, que atribuía todo a las “maniobras” y a traidores individuales. Incluso varios intelectuales continuaron sin reflexionar sobre una de las más grandes tragedias del siglo XX, la involución, declive y hundimiento del movimiento comunista, dando por supuesto que quien se decía comunista lo fuera realmente. Sin embargo, no se trata de un caso único en la historia: basta pensar en la Iglesia católica, que durante siglos y siglos ha sido representada por papas perjuros y asesinos, que violaban todos los mandamientos posibles y cometían pecados inimaginables, pero eran los únicos con el poder de hablar en nombre de dios (quién intentaba hacerlo refiriéndose a los evangelios, era encarcelado o quemado vivo). Desde el momento que Alejandro VI Borgia, el padre (y amante) de la famosa envenenadora Lucrecia Borgia y del duque Valentín se consideraba cristiano, ¿tenemos que defender entonces los envenenamientos, los incestos, etc. y

considerarlos la concreción del mensaje evangélico? Alejandro VI y Stalin son dos usurpadores de un pensamiento que utilizaban cínicamente y al que no les unía nada.

En el transcurso de los años he conocido en el PCI, pero también en el PRC, a muchos stalinistas. Todo lo “comunista” los exaltaba. Si hubiesen sido cristianos habrían estado del lado de Alejandro VI y no con los partidarios de un retorno a los orígenes evangélicos. Es a esta gente, a falta de otros argumentos, a quién se dirigió Cossutta. Obviamente estos se ensañaron con Trotsky y los “trotskistas”, de quién no han leído ni una sola página. De hecho, se podría decir que el error principal de los trotskistas haya sido el de haber entendido las raíces profundas de la crisis del sistema surgido entorno a la URSS décadas antes que otros (alguno quizá no se haya dado cuenta todavía...). Cuando Cossutta debatía con Berlinguer reprochándole su tímido distanciamiento de la URSS de Breznev, entrada ya en una fase de descomposición, los trotskistas ya habían advertido tiempo atrás que esa dinámica conducía al declive del sistema. En Trotsky y en el movimiento trotskista se inspiró Che Guevara en los últimos años de su vida, como se puede comprobar ahora gracias al descubrimiento de su Diario de Bolivia. Quedó durante mucho tiempo inédito, realmente por esto: el régimen soviético sabía amordazar, usando una vana censura, con la ilusión de superar mediante la violencia represiva sus propias contradicciones. El gobierno de Cuba, durante años dependiente de la URSS por el petróleo y el comercio exterior, tuvo que adaptarse a esta dinámica.

El movimiento trotskista, que en los años treinta era más fuerte que el filosoviético en Vietnam y en muchos países de América Latina, no tiene capítulos vergonzosos que esconder, pero sí una larga lista de compañeros asesinados por los nazis y por los stalinistas. El stalinismo, por el contrario, representa una vergüenza permanente para el movimiento obrero: educó a muchos dirigentes convertidos hoy en filocapitalistas, eliminó todo rastro y recuerdo de la democracia interna vigente en el mismo partido bolchevique y en la Internacional Comunista en tiempos de Lenin y Trotsky, exterminó al 90% de los dirigentes de la Revolución de Octubre e incluso más comunistas alemanes de los que asesinó Hitler. **Sólo la ignorancia puede dejar espacio a la nostalgia del stalinismo**, que llevó a la ruina a muchos gloriosos partidos comunistas, eliminando a sus mejores dirigentes y sustituyéndolos por dóciles títeres al servicio de la burocracia soviética.

2 de noviembre de 1998

* Antonio Moscato es profesor de historia del movimiento obrero en la Universidad de Lecce y militante de Rifondazione Comunista, donde es uno de los animadores de la corriente “*Sinistra Critica*”, que agrupa a l@s militantes italian@s de la IV Internacional.

(Traducción castellana de Carles Toronell)

Notas:

¹ No olvido el estupor y escándalo de algunos compañeros, hoy escindidos del PRC (Partito della Rifondazione Comunista) con los “cossuttiani”, cuando Fausto Bertinotti en su libro *Tutti colori del rosso*, hablando de las lecturas que lo habían formado se refiere a Rosa Luxemburg y a *La revolución traicionada* de Trotsky.

² Sobre estos aspectos, que obviamente sería imposible desarrollar aquí, a parte del libro fundamental de Edward H. Carr, *Historia de la Rusia Soviética*, Alianza Universidad, Madrid (y a su síntesis, Edward H. Carr, *La revolución rusa. De Lenin a Stalin (1917-1929)*, Alianza Editorial, Madrid, 1993) me remito a mi libro *Intellettuali e potere in URSS (1917-1991)*, Milella, Lecce, 1995.

^{/3} Llamada así porque en realidad Bujarin y sus compañeros, habiendo primero colaborado con Stalin para cambiar el regimen interno del partido persiguiendo toda disidencia, y luego mostrar sus discrepancias, no lograron formar una plataforma alternativa para luchar contra la involución del partido y del país, pero fueron atacados primero con calumnias de todo género de las que no había posibilidad de defenderse, y luego procesados y asesinados (aunque formalmente Tomski evitó el proceso suicidándose).

^{/4} Estos nombres nada dicen a los jóvenes de hoy. Mario Monje fue el secretario general del PC boliviano que abandonó a Guevara en una zona inadecuada para la guerrilla, interrumpiendo todo contacto con las ciudades y las minas, donde muchísimos comunistas querían conocerlo (hasta hace poco tiempo vivía en Moscú como empresario, traficando con los excomunistas del círculo de Elstin). Arismendi era el líder del Partido comunista uruguayo, y Corvalán del chileno, que se burlaron del camino tomado por Guevara. Giorgio Amendola, principal exponente del PCI (Partido Comunista Italiano), y más concretamente de su ala derecha reformista, definió a Guevara como un “estratega de farmacia” poco antes de su muerte.

^{/5} Este texto está escrito en 1998, antes de la llegada de Putin a la presidencia de Rusia. (*N. del T.*)

^{/6} El suceso de la expulsión de los “tres” ha sido reconstruido acuradamente por Paolo Spriano, militante y dirigente del PCI, y antes que nada historiador de gran honestidad.

^{/7} El presente texto está extraído de otro más amplio escrito inmediatamente después de la escisión que sufrió el PRC (también llamado Rifondazione Comunista), en respuesta a su artífice, Armando Cosutta. Éste había sostenido que la votación del Consejo político nacional del 3-4 de octubre de 1998 donde quedó en minoría no era válida porque una parte de los votos provenían de la ex minoría que él definía como “trotskista” aunque, por el contrario, recogía dirigentes del PRC de distinto origen, de quienes en otras ocasiones aceptó sin problemas los votos.
